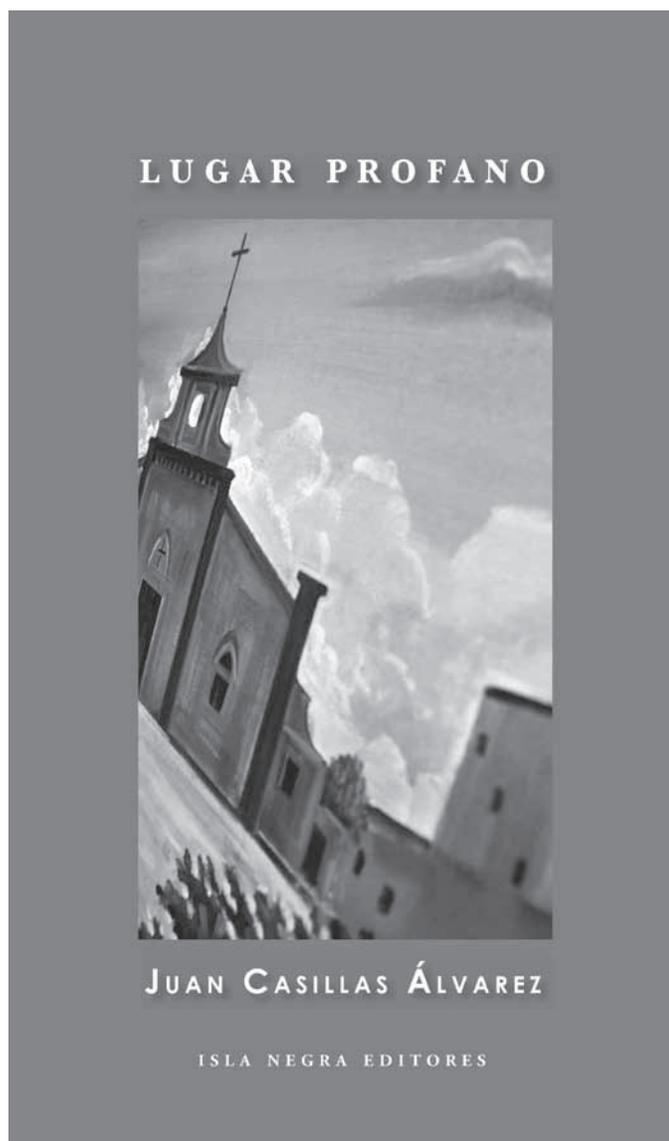




EL CAMINO DE LO PROFANO



María Teresa Machado

El poeta Juan Casillas, en su poemario *Lugar profano*, regresa a un lugar del que, tal vez, nunca se ha ido. Regresa y, al hacerlo, nos introduce en una crónica por la cual circulan personas significativas de su infancia y adolescencia. El matiz autobiográfico en estos versos es evidente y el poeta decide compartir con nosotros este trozo de vida, este camino transitado único y significativo, el cual determinó quien es: un poeta agradecido. Toda escritura constituye un viaje de regreso y el poeta, al regresar, rescata su pueblo de las Piedras, su geografía peculiar con los dos peñazos, el momento del derrumbe de la iglesia. Rescata también los acontecimientos que precedieron a la formación de su pueblo. Donde otro ser humano vería simplemente un camino o una piedra, la mirada del poeta busca establecer un diálogo con las cosas. De esta forma, la voz poética va más allá y viaja a través de los siglos para relatar la Historia, con el objetivo de no olvidar a ninguno de los seres que contribuyeron a formarla. En el poema “Los dos peñazos” dice:

Acorralados por los peñazos
entraron aturdidos:
el machete estremeño
el burro y el buey
el vino y la guitarra
el presbítero y los santos
La gramática y el código
La malinche y el negro
la palanca y el martillo
y la mujer cabizbaja
con dos pardas tetas.
Así empezó todo
antes de los siglos,
y las desnudas piedras
quedaron conquistadas.

Igualmente, en el poema “Las huérfanas” indica:

Corrí con Tula, abracé a Andrea y miré a Nicolasa
empuñando el machete.
Entonces, no las pude entender,
no tenía comentarios ni enlaces.
Pero ahora, desprovisto de contratiempos,
he descubierto lo que fueron,
Precisamente mujeres indígenas,
precisamente huérfanas ancestrales
que trabajaron los rasgos de mi rostro.

Es así como los ojos del poeta, al describir la barriada, desentierran como si fuera un arqueólogo cada uno de los sustratos físicos y anímicos que la integran. Y en esta descripción, cuyo abordaje va de lo general a lo específico, resuena el eco de Rulfo, el escritor mexicano con el que el propio Gabriel García Márquez reconocía su deuda. Confiesa el poeta:

Descendí a las estribaciones
de los barrancos
que ellos cabalgaron,
dejando atrás el recuerdo del pañuelo,
¿Por dónde se va a Jácanas?
No sabían si era la entrada
o la salida de los cerros.

A veces, por tanto, no se sabe con certeza si el camino dirige a una entrada o a una salida. Pero aquí no hay angustia. Lo importante es caminar. Este caminar está poblado de encuentros. Por ello, tal vez, domina el poema narrativo, lo cual no impide que la poesía viaje por formas clásicas como el soneto y la elegía. La voz poética en calidad de testigo, y a veces de protagonista, nos presenta, como si fuera una crónica, hechos cuyo denominador común es la violencia de género. Y, en medio de las páginas salpicadas de sangre y sucesos violentos, la belleza de la vida de personajes anónimos, que el poeta rescata y convierte en inolvidables. El poeta ve las personas que nadie ve, las personas cuyo nombre nadie recuerda. Habitaban el silencio y, habitan lo poético. No es un poemario sobre el olvido. Es un poemario sobre los olvidados. Sobre las personas de quien ya nadie habla (como el personaje del poema “El podador de árboles”), sobre las personas que aun con nombre son invisibles a la mirada de los otros, como el personaje de “Oda a Matilde”. El poeta los mira. Los mira y se tocan. Coinciden. A un poeta del cual ya nadie habla le enseña sus poemas. Mira a los sin rostro, mira y sopesa las ausencias que debieron tener más presencia, como la de la madre, y relata las presencias que crearon vacíos como los padres. Nos preguntamos: ¿es un paisaje profano o profanado? Quizás, no haya respuesta.

La actitud de la voz poética no juzga, no señala culpables, no busca saldar con odio una deuda. Tampoco es una voz

neutra porque ama. La voz poética relata y cito: “Entraban por una puerta abierta/ donde saltaba la cerradura. Casa quieta en grietas visibles. En un domicilio de sublevaciones”.

La casa es ese lugar profano que se contempla y se rescata en las letras porque se reconoce en su idiosincrasia y unicidad. Quietud y sublevación. Movimiento oscilante donde germina la contradicción. Desde esta quietud un espíritu se subleva: el del poeta, que después de percibir las grietas mirará más allá e iniciará una búsqueda relatando, dando cuenta de cada una de las mujeres y hombres que encuentra en su camino. Este poemario evoca el cuerpo. Todo se corporaliza. La casa es una “Morada sin sabiduría, sin ojos” y en la iglesia “Aun parpadean las ventanas azules/ pero ya su pulso se esfumaba”.

Estas páginas destilan una sinceridad que sobrecoge por lo humana y por lo poco frecuente que es, en la poesía, la presencia de lo abyecto. Aquí no hay disfraces ni mentiras. En medio de las metáforas, las anáforas y las personificaciones palpita una verdad que casi duele por lo cruda. Lo poético no es siempre un canto a la belleza, pero hay belleza en rescatar a través de la poesía los lugares que nos han formado. Aquí se rememora el paisaje en ruinas, el lugar profano. El hijo ha caminado otras moradas. Esas moradas y puertas, cuya existencia se adivinan en la invitación presente en el último poema titulado “La salida”, dedicado al entrañable amigo del autor Amaury Veray. Este poema cierra un ciclo (el de la infancia y adolescencia) y anuncia la apertura de otro. Nuevos afectos abrirán puertas y ventanas que el poeta caminará sin miedo porque como le indica la voz poética “no da miedo lo que es tierno”.

El poeta regresa a través del viaje que conlleva la escritura. Regresa a describir la certidumbre de la violencia y la pobreza y, sin embargo, hay algo de sagrado en esta mirada del poeta al lugar profano. Hay un aura de agradecimiento y de ternura. A nuestro entender, solo se regresa a lo que se ama. Y él decide regresar. Las palabras tienen el poder de evocar incluso lo que ya no existe. Ante las ruinas uno se pregunta: ¿qué es lo que queda? Es evidente que queda un infinito amor, y ese amor se percibe en estos versos, incluso cuando se describe lo abyecto y lo profano. ☒

María Teresa Machado. Escritora puertorriqueña. Se doctoró en literatura hispanoamericana en la Universidad de Puerto Rico y es catedrática auxiliar en el Departamento de Español de la Universidad de Puerto Rico en Bayamón. Ha participado en congresos locales e internacionales (Washington, Brasil, Alemania). En los actos de graduación de bachillerato se le concedió el premio de poesía Francisco Matos Paoli. Su tesis doctoral “El núcleo metafórico cuerpo femenino y espacio en *Conversación al sur* de Marta Traba; *Lumpérica*, de Diablela Eltit; y *Muñeca brava*, de Lucía Guerra” fue distinguida con el premio Luis Llorens Torres. Es autora del poemario *Gruta de sal*. Actualmente trabaja en su libro *Heterotopías* en la ciudad dictatorial.